



# SOBRE LAS AUTORÍAS

Mis pensamientos teatrales son sólidos. Inicié el desarrollo de mis impulsos teatrales con ellos y terminaré, «cuando la muerte nos separe», con ellos. Es por esto que hoy, en un debate sobre las autorías «no convencionales», escribiría lo mismo que hace ya unos años cuando dejé constancia de mis convencimientos, en Grecia, en el Centro Cultural Europeo de Belfos, en el simposio celebrado en la misma ciudad, con motivo del *V Encuentro Internacional de Teatro Antiguo Griego*. Creo que algunos fragmentos del texto de mi trabajo presentado en aquella ocasión, que titulé «El Teatro en el marco de las artes contemporáneas», servirán para el aporte de unas reflexiones sobre el tema:

## Salvador Távara

«Para no remontarnos a los orígenes, donde, sin duda, el teatro nació como un arte ajeno a la literatura, ni a esa posterior etapa donde la literatura se incorpora en el ritual sonoro y sacralizado de la tragedia griega, como un elemento artístico más de comunicación, hasta convertirse, siglos más tarde, en estructura verbal desacralizada, despoetizada y rígida, podríamos situar el punto de partida de estas líneas en la segunda mitad del siglo pasado en Europa, donde resurge, con trazos bien definidos, una figura anulada en el tiempo por el autor literario fundamental para el desarrollo del lenguaje escénico: el director de escena; el responsable, según sus criterios estéticos y su imaginación, de que la palabra abstracta, por escrita, cobrara vida en la voz de los actores y actrices, rodeándola de cuantos elementos demandara en función de su mayor credibilidad y eficacia comunicativa. Esta figura, con ideas escénicas, se llamó André Antoine, y con su acusada autoridad y voluntad creativa consiguió equilibrar, en el panorama literario teatral de aquellos años, las competencias, en el acto escénico, del autor literario, el actor y el director; quehaceres dramáticos que se habían separado y desequilibrado alejándose de los primeros pasos del teatro, en que el autor

dramático, poeta en primer lugar, como Sófocles, Esquilo, o Eurípides, por ejemplo, no se limitaban sólo a escribir el texto para el espectáculo que concebían, sino que se ocupaban también de la dirección de escena, elaboraban las músicas, que tenían gran importancia, diseñaban las máscaras y los trajes, componían los coros e inventaban dispositivos escénicos de complejos mecanismos para la bajada y subida de dioses y personajes. Un todo artístico donde el texto, lo único impercedero de aquellas tragedias, era un elemento poético de comunicación más, que cobraba toda su importancia y adquiría su verdadero sentido como parte de la atmósfera artística que envolvía la totalidad de la obra dramática.

»Sófocles, Esquilo o Eurípides, o más tarde Shakespeare o Molière —recordar esto es importantísimo— no fueron escritores de textos para hacer teatro, sino hombres de teatro, artistas, que escribieron textos para los espectáculos que concebían, aunque solo nos haya llegado de ellos, como único documento, su poética literaria.

»Volviendo a la mitad del siglo pasado, y a la figura de Antoine, diremos que su visión del teatro condujo, tras despojar a la palabra de la manida declamación en la que